MONOGRAFIAS NACIONALISTAS

anxa
91-B
20271

EL REBOZO

JOSE DE J. NUÑEZ Y DOMINGUEZ

MONOGRAFIAS NACIONALISTAS

EL REBOZO

POR

JOSE DE J. NUÑEZ Y DOMINGUEZ

MEXICO

DEPARTAMENTO EDITORIAL DE LA DIRECCION GENERAL
DE LAS BELLAS ARTES

1917

PROPIEDAD ASEGURADA

A LOS SEÑORES

EUGENIO ZUBIETA,
NICOLAS RANGEL Y
ALBERTO M. CARREÑO

¿QUE es esta cosa frágil y delicada, si fina; útil y prestigiosa si va a manos plebeyas? .... ¿Qué es esta prenda femenil que presta donaire, que completa hechizos, que confiere sortilegios, y se torna ya en arma de combate, ya en tibio refugio, ora en atavío evocador, o bien en indispensable parte de una vida?

Tengo para mí que de haber vivido unos años más el inolvidable "Micrós," habríale consagrado uno de sus más bellos artículos, tal como lo hizo con el sombrero "jarano," ya que éste es hermano ge-

melo del rebozo, inseparable compañero suyo en lances de amor rufianesco, en amoríos trapisonderos de arrabal, en galanterías de polvorienta plaza de suburbio, en hazañas campesinas de fuertes episodios, a la vera de arcaicos "tecorrales," cabe los ríos de gorgoriteos musicales que duplican la gracia melancólica de los sauces y de los pensativos álamos de plata!

Tan típico, tan vernáculo, tan arraigadamente nacional, tan genuinamente mexicano es el uno como el otro. No creo que exista en otra tierra del orbe algo idéntico al rebozo patrio, algo exactamente parecido ni que tenga un uso tan generalizado. Si se llega al oriente, en la península yucateca donde las criollas poseen un vago remedo de los archipiélagos asiáticos en la manera de vestir, se encontrará a la "mestiza," azuleante de

puro limpia, luciendo el rebozo sedeño de largas y acariciadoras puntas, deshebradas como cabelleras lacias sobre la albura de los trajes. Si se detiene la planta en los aduares de la Baja California, donde las misiones jesuítas dejaron muchos cadáveres de predicadores, se contemplará a la sórdida y sufrida mujer del minero o del buscador de perlas, envuelta en el mísero rebozo "palomo," cuyo tinte azul obscuro ha tomado con el tiempo y la incuria, el añil desteñido del mar en que se cuajan las lágrimas de las ondinas. Entre la lujuria vernal de las haciendas del sur, allí donde se desenrrosca la cinta de cristales polícromos del "coralillo" y abre el tornasolado abanico de gró de su cola el "quetzal" emblemático, la ranchera se escuda de la tórrida lluvia de Helios con el rebozo diáfano que pa-

rece tejido por las manos milagrosas y sabias de obreros de Samarcanda. Y en la Mesa Central, vibrante por los nervios de hierro del ferrocarril, la moza de ojos de obsidiana y de pómulos encarnadinos por los vientos helados de los volcanes, echa sobre los venustos hombros la leve y cómoda tela, como los jirones de nube en que se desvanecían los senos seráficos de las madonas medioevas.

Es, pues, el rebozo, algo absolutamente nacional, ¿Cuál fué su origen? ¿En qué centuria comenzó a desempeñar tan importante papel en el tocado de la mujer mexicana?

ORIGENES Y ETIMOLOGIA

Sin vanos repulgos de erudito, puede afirmarse que se desconoce exactamente la época en que el rebozo sentó sus reales en la República. Partiendo del principio de

que los aborígenes lo desconocían, hay que asegurar que hasta muchos años después de consumada la Conquista, no se llevó esa prenda. Deseando ahondar el asunto, hice investigaciones en distintos códices—pues alguien me apuntó la idea de que los antiguos indígenas gastaban un tocado parecido—y en ninguno de aquéllos encontré perpetuada por el bizarro pincel de los artistas aztecas la donosura del rebozo.

Los "Diálogos" de Cervantes de Salazar (1554), sólo mencionan el "huepil;" la "Historia de las Indias de Nueva España" por Fray Diego Durán, en su tomo II, al tratar "De la relación de los tianguiz," no señala atavío alguna de parentesco con el rebozo; Fray Bernardino de Sahagún, el célebre y fidelísimo narrador de las "Cosas de Nueva España," al hablar en el capítulo

XXIII, libro VIII, de los "atavíos de las mujeres," lo mismo que al mencionar a los mercaderes de mantas, únicamente dice que vendían "vipiles o enaguas," y asienta con su estilo pintoresco que dichas mantas tenían los colores amarillo, verde, leonado, morado, verde obscuro, claro, fino, encarnado, ponderando la firmeza y excelencia del tinte. El mismo fraile, en el libro X de su deliciosa historia, en los capítulos XVI al XXVI inclusive, pinta con vigorosas entonaciones los distintos mercaderes del "tianguis" de la antigua Tenochtitlán, y no consigna una sola palabra sobre prenda alguna ni remotamente semejante al rebozo.

Bernal Díaz del Castillo, el guerrero historiador de la Conquista, ingenuo, aunque de imaginación un poco andaluza, al pasmarse ante las habilidades de los indios, di-

ce que "saben leer y escribir y componer libros de canto llano y *hay oficiales de tejer seda, raso y tafetán* y hacer paños de lana, etc...." y por fin, Clavijero, el ilustre veracruzano, que detuvo la sabiduría de su pluma en el tianguis de Tlatelulco, y entre los modernos, don Cecilio Robelo (Diccionario de Aztequismos), no enumeran ningún dato revelador.

En conclusión, se infiere de todo ello que el rebozo fué desconocido hasta quizás un siglo más adelante de la Conquista, pues el propio *Fidel*, en uno de sus sabrosos artículos de costumbres, del año de 1844, dice con su gracejo peculiar: "cierto es que tampoco sé yo si las mujeres de los aztecas llevaron el rebozo *calandrio* o las *puntas enchiladas*."

¿Cuál fué, entonces, el origen del rebozo?... En una curiosa re-

lación de las primeras mujeres que vinieron de España con Cortés, y que aparece en un vetustísimo almanaque post-virreinal, hay una vaga referencia de sus vestidos, pero de ellos no forma parte ninguno que rememore al rebozo. No obstante, en el siglo XVI los indígenas ya sabían tejerlos. En efecto, en un artículo extraído de empolvado infolio, y reproducido en el tomo III de "El Museo Mexicano," del año de 1844, se dice: "Los indios de México, y principalmente los de Sultepec y Mascaltepec, exceden a todos los demás en *el tejido de paños o rebozos finos de seda y de algodón*," y Acosta, citado por el barón de Humboldt, asienta que a fines del siglo XVI los indios fabricaban excelentes tafetanes con la seda mexicana. De esta destreza, que viene a echar por tierra las estúpidas referencias de los hispanó-

filos que han denigrado al indio, se verán pruebas más adelante.

Etimológicamente, las dudas en el ánimo del investigador son tantas como sobre los orígenes industriales. Los lingüistas más famosos han callado cuanto sabían, de seguro, respecto a la palabra rebozo. Por ello, hube de recurrir al más antiguo Diccionario de la Lengua Castellana que existe en México, en la rica colección de la Biblioteca Nacional, y que fué formado por la Academia Española, por mandato del rey Felipe V, en 1737. El tomo correspondiente a las letras P. Q. R., trae lo siguiente: "*Rebociño*. Mantilla o toca corta, de que ufan las mugeres para cubrir el bozo. Es voz formada de la partícula Re, y del nombre Bozo. Lat. *Muliebre amiculum*. Pic. Jus. f. 112. "Un *rebociño* o mantellina, de

color turquí, con ribetes de terciopelo verde."

La cita Pic. Jus. se refiere a "La Pícara Justina," novela muy en boga en la época; y esto confirma que las palabras rebozo y rebociño como atavío femenino, andan a menudo en boca de algunos personajes de Lope de Vega en varias de sus comedias. Es decir, en España había algo de que provino el traje de la mujer mexicana.

La misma Real Academia, en la edición de su Diccionario de 1855, dice: "*Rebociño o rebozo.* Es en algunas partes la mantilla o toca corta de que usan las mujeres para cubrir el bozo.—*Muliebre amiculum in Bætica præsertim usitatum,*" y en sus más recientes ediciones: "Modo de llevar la capa o manto cubriéndose con él el rostro.—Rebocillo, mantilla. Vuelta de la sábana de encima de una

cama.—Fig. Simulación, pretexto. —*De rebozo* m. adv. ocultamente. Fig. *sin rebozo* m. adv., con franqueza." Por fortuna, en el diccionario" Pequeño Larousse Ilustrado," hecho bajo la dirección de Toro y Gisbert, se ve, aunque achacando la voz al Ecuador, Guatemala y Costa Rica, que rebozo es "chal o pañolón que cubre los hombros." Menos mal que los hispanos desconozcan los americanismos; pero imperdonable en un hijo del Mundo de Colón.

Presumo que quizás el insigne García Icazbalceta en su trunca obra del "Diccionario de Mexicanismos," habría dado una explicación amplia, completamente de acuerdo con el rebozo mexicano.

Por ende, la palabra vino de la acción de embozarse, de taparse el bozo. Sin embargo, un famoso fabricante de esta prenda, don Vicen-

te Munguía, publicó en Guadalajara, en 1851, en la imprenta de Jesús Camarena, a cargo de Colín Mac Coll, un opúsculo sobre el rebozo, en que trata de explicar el origen de éste. Por ser autoridad en la materia, aunque desde el punto de vista filológico dudo mucho que lo fuera, transcribo lo que respecto a la cuestión dice ahí: "Fué, pues, en su principio el rebozo aquella especie de mantilla ó toca muy corta, paño ó pañuelo, con que las *saladas y divinas* andaluzas acostumbraban taparse la parte inferior de la cara hasta el *bozo;* ya para abrigarla del frío, ya para avivar alguna de sus gracias, ya para encubrir algún defecto. La palabra paño es sinónimo de *rebozo.*"

DURANTE EL VIRREINATO Y DESPUES DE ESTE

Citas históricas y bibliográficas aparte ¿quién al tratar del delicado atavío mexicano, no evoca aquellas estupendas naos de China; aquellos pesados galeones que rompían con su quilla el cristal de las aguas del Pacífico y traían de las costas de ensueño del Asia misteriosa las picantes especias, la morena canela, el azafrán, el alcanfor, las esencias de rosas nacidas en Chiraz, los tapices de Bengala, y, sobre todo, las crujientes sedas de Mosul en que encarcelaban sus cuerpos nuestras cándidas bisabuelas? ¿Quién no ve pasar ante sus ojos el espectáculo fabuloso de los fardos ventrudos que encerraban los *xales* indianos o persas, las telas milagrosas, semejantes por lo tersas a tejidos de plumas de pájaros de maravilla?

No es difícil suponer que en esas naos, los orientales enviaron la prenda precursora del rebozo, como el bordado mantón de Manila, que unió sus flores sedeñas a las de los cármenes de Andalucía. Seguramente hubo un tiempo en que la moda impuso alguna tela que sólo era dable comprar a las hembras acomodadas, y de ahí que, poco a poco, los naturales idearan fabricar una similar para ponerla al alcance de todas las fortunas.

El *xal* persa ya citado, o la toca que se placían de usar las mujeres de Bética, se disputan, pues, la paternidad del rebozo. Hay que convenir que quizá por ello, éste reune esa sencillez atrayante de las clámides que ostentaban en otros tiempos las ideales visiones de las cortes de los califas o de los emperadores hindúes, en las pagodas sagradas, a orilla de los estanques de

Vichnú, junto a las selvas milenarias que se estremecieron al paso de Dionisos.

Saltando sobre los siglos, no tanto que no quedaran notables huellas de los más próximos, las costumbres de la Nueva España se modificaron por completo. La sociedad criolla adquirió un aspecto singular, y los indígenas,—carne amasada de llanto, de ignominia y de esclavitud —empezaron a trocar el *huepilli* y el *quexquemil* por el rebozo y la camisola de tosca manta.

Por los años de 1624 y 1625, el viajero Thomas Gage vino a México, y al regresar a Londres, publicó una interesantísima obra: "A New Survey of the West Indies," en que hace vívidos relatos de todo lo que vió en la más opulenta de las colonias de España en América. Dicho viajero, al reseñar el suntuoso modo de vestir de las damas de

la época, dice: "Cúbrense el pecho con una pañoleta muy fina que se prenden en lo alto del cuello *a guisa de rebocillo*, y cuando salen de casa añaden a su atavío una mantilla de linón o de cambray, orlada de una randa muy ancha de encajes: algunas las llevan en los hombros, otras en la cabeza; pero todas cuidan de que no se les pase de la cintura y les impida lucir el talle y la cadera."

La seda era cosa corriente en el vestir de esos dichosos tiempos. En 1784, manifestaba el Virrey: "El gremio del arte mayor de la seda que se estableció en este reyno pocos años después de la conquista, se extinguió en el año de sesenta y dos;" y el 27 de marzo de ese mismo año, se agregaba: "la mayor parte de la seda en rama que se gasta para esta Fábrica es de China, que se hila en esta Capital,"

mencionándose solamente como productos los mantos para las mujeres, por más que se hacían capicholas negras de Sevilla, rengues, terciopelo listado y otras telas, verdaderos primores que he podido palpar en unas muestras adjuntas a una instrucción secreta que por orden del rey Carlos III se abrió el año de 1783. Esta instrucción secreta fué efectuada porque en la Corte de Madrid se tuvieron noticias de que en la capital de México existían telares escondidos, que trabajaban de contrabando, hasta 18 en cada casa, y en los cuales "se hacían anafayas para capas de verano, rengues, *mantos como los de Málaga*, tafetanes dobles y sencillos, lustrinas, pañuelos, y hasta tal cual pieza de tisú." La denuncia resultó inexacta, como se comprobó con el aserto mencionado de que el gremio

del arte mayor de la seda hacía años estaba completamente muerto.

Pero los telares de rebozos sí se multiplicaron en esa época asombrosamente. En la célebre "Instrucción Secreta del Segundo Conde de Revilla-Gigedo al Marqués de Branciforte,"—documento que tenían por obligación que rendir todos los virreyes a sus sucesores en el mando,—el más progresista de los mandatarios de la Nueva España manifestó lo siguiente, que es un dato histórico de gran importancia: "En Puebla hay más de doscientos telares *de paños de reboso*, cotonias, mantas y otros tejidos finos de algodón y de seda. En la Intendencia de Oaxaca hay dos Fábricas de Añil y *más de 500 telares de rebosos*" y como parece que se trataba de prohibir tal industria, el magnánimo y observador don Juan V. de Güemes, agrega-

ba: "Es muy difícil prohibirla, siendo la razón el que estos Naturales no necesitan todas las Oficinas y Utencilios que regularmente se emplean en España, ni usan por lo común Telares *para texer Rebosos desde ordinarios hasta muy Superfinos*, sino que se componen con quatro Palos, con los que separan los hilos y suspenden la parte de ellos que necesitan para tramar, asegurando en un árbol, con firmesa, la tela por un extremo, atándocela de su mismo cuerpo pa. el otro. De auxilios parecidos a estos, usan para todas las manifaturas qe. hacen; siendo mas admirables, que con tan malas disposiciones saquen algunas obras dignas de atención, en la firmeza del hilado, igualdad del Texido y especialidad en colores y Xaspeados."

¡Justiciero virrey que ya fuera del poder, sin rencores ni odios, antes

bien lleno de la nobleza que lo caracterizó siempre, rendía parias al pobre ilota que mezclaba sus lágrimas a las auríferas vetas de Guanajuato, enriqueciendo a los encomenderos y a los próceres que le maceraban las espaldas a latigazos!

Marchóse el de Revillagigedo, vinieron el de Almanza, el de Berenguer y otros, y de pronto, la revolución de 1789 arrojó sus tremendos fulgores de epopeya a través de los mares. Un haz de esa llamarada incendió el alma del cura de Dolores, y estalló la rebelión de 1810. Ya en esa época las modas de la capital de la República pagaban tributo a la frívola París. El erudito González Obregón, hablando de la vida de la Capital en ese sugestivo período, da una visión exacta de lo que era la sociedad: "La miseria y la ostentación de léperos y nobles, y la sencilla indu-

mentaria de indios aborígenes y de petímetres afrancesados, se codeaban en las calles, en las plazas, en los templos. La azteca de falda enredada, de *huepilli*, y de *quexquemil*, con la currutaca de túnico *de medio paso*, de mantilla y de pelo enmarañado, con tantos cintajos y adornos, que hizo decir a un poeta:

> Yo no sé, Clori hermosa,
> cómo en tu delicadeza
> sufres sobre esa cabeza
> tanto moño y tanta cosa.
> Mas ya lo sé: la mollera
> cargada con tanto exceso,
> lejos de serte de peso
> te la pone más ligera.

Podíanse ver aún en 1810... las faldas amponas, los ajustados *de cintura de abeja*, y los peinados monumentales en las damas. Ahora eran de verse, en señoras y señoritas, los túnicos negros de seda, las mantillas de sargui de Málaga,

guarnecidas de terciopelos o de blondas de Francia, de listones de raso angosto o de blondas inglesas y anchas."

También la indiferencia de los buenos ciudadanos de aquella época tropezaba con mujeres del pueblo que llevaban el rebozo. Ahí están "El Periquillo Sarniento" que no dejará mentir, la "Alacena de Frioleras" que lo consigna y tal cual "papel" de los que se vendían en las alacenas de los Portales de Agustinos, las Flores, el Aguila de Oro, etc., "a real y medio" y que eran sabroso pasto de desocupados y gente que tenía el don de saber leer.

En ese tiempo, el rebozo ya estaba generalizado. Don Vicente Munguía, en el folleto ya citado, dice que el sombrero, el *chal*, el *tápalo* y el *fichú* empezaron a figurar en 1809 y 1810 enmedio de las sátiras

de periódicos y de vecinos, y que "á principios del siglo existían fábricas de rebozos de hilo más ó menos ordinarios, de los que suele hacer uso la gente pobre. En la capital exclusivamente era en donde se trabajaron hasta 1846 los de seda. Todos eran de labores *amarradas* o de *falsa*."

Ello es que en el "Interior" lo mismo la gente rica que la indigente, usaba con predilección la donosa prenda, de modo principal en el Bajío. Ya en 1823 el rebozo era atavío común. En un opúsculo curiosísimo intitulado: "Seis noches de títeres mágicos en el Callejón del Vinagre," sin autor, impreso en México y de esa fecha, existente en la Biblioteca Nacional, se describe un pleito de hampones y pícaros, y entre otras cosas se dicen éstas: "Los taberneros emborrachando hombres, mugeres y muchachos

con tanta generosidad, que si se les acababa el dinero seguían acudiéndoles con más tragos, sobre mangas, frazadas, naguas, cotones, *paños de rebozo*, mecapales, sombreros, rosarios, navajas, cuchillos..."

Y otro viajero, Mr. Perdreaville, que vino a nuestro país en 1826, en sus "Lettres sur le Mexique," publicadas en Nueva Orleans, consigna esta observación: "Algunas damas ricas andan vestidas de seda negra, y llevan atavíos casi análogos a los de nuestras señoras. Los cabellos lisos y colgantes, así como el busto, se los cubren con un tápalo o chal de tela azul y blanca cuyo uso es general, y que en las ricas no difiere sino por lo más o menos fino del tejido. Nunca las señoras se dejan ver sin este vestido, aun en el interior de sus casas y en sus ocupaciones domésticas."

De tan clara mención, no puede desprenderse otra cosa sino que el tápalo era una especie de rebozo, ya que lo llevaban hasta las más pobres y le daban el mismo destino general de ahora. Además, el color de la tela no deja lugar a duda.

EL APOGEO DEL REBOZO
LAS CHIERAS. LAS CHINAS

Pero no fué sino hasta 15 o 20 años más tarde cuando el rebozo alcanzó su verdadero apogeo. La clase popular, semidesnuda hasta ese momento, pringosa y desmedrada, reaccionó lentamente, a pesar de las continuas contiendas civiles que enrojecían las sementeras patrias. Poco a poco, el macho de baja esfera evolucionó en el vestido, contagiado quizás de la féerica pompa desplegada por aquellas milicias mercenarias que tenían como

profesión el pronunciamiento. El poder público pasaba de las manos de un pretor a otras manos enguantadas en el ante reglamentario. Bajo las arquerías pesadas del palacio de los virreyes ostentaban su fatuidad los generales encasacados, de largas patillas y afeitado bigote por arte de parlanchines rapabarbas. Eran las "formaciones" una diversión magnífica, y la amplísima Plaza Mayor, en los días de grandes "paradas," tenía un sello que dejaba extáticos a los metropolitanos.

Su Alteza Serenísima, el general don Antonio López de Santa-Anna, que había descubierto el secreto de hacerse querer y temer al mismo tiempo de las multitudes, se posesionó de la Presidencia y convirtió su gobierno en una corte completa. Los mimos más afamados, las cantantes de mayor reputación, los cirqueros de renombre mundial,

entretenían los ocios de los habitantes de México. Se vivía una vida de molicie, de esplendor y de vanidad, que, naturalmente, influyó en las costumbres del proletariado. Los barrios de la espléndida capital viéronse entonces representados en dos tipos esencialmente clásicos: la *china* y el *lépero*.

Una y otro prestaban la original nota de su indumentaria al conjunto total. Las costumbres patriarcales se observaban con religiosidad, y por ello, en la Semana Santa, se veían en las esquinas de los templos los puestos de aguas frescas en que el líquido se enfriaba en rojas ollas de Guadalajara. Entonces aparecía la *chiera*.

Vestida de "enagua de muselina con maneras de listón y un olán encarrujado y como el ampo de la nieve; sus pulseras y gargantilla de corales, su rosario y su relicario

con *cera de agnus*... las puntas de costumbre, y el zapato apretado, realzando el apiñonado cutis" (Fidel.—La chiera.—1844), ofrecía el primor de un jarro rebosante de chía a la parroquia, en que no escaseaban los petimetres. Para guardarlo de la solana, la *chiera* formaba "una especie de pabellón con su *rebozo* al recién nacido pimpollo detrás del puesto." ("Un puesto de chía en Semana Santa."—"Los mexicanos pintados por sí mismos."—1844). En la calle, la vendedora gentil continuaba paseando ante las pupilas codiciosas de los varones su beldad trigueña, sus manos consteladas de anillos, su rebozo de "bolita" y sus zapatos con mancuerna.

Mas nada significaban su gallardía y su donaire, junto a la *china*. Nada valían aquélla, ni la "garbancera" peripuesta, ni la doncellica

de obrador, que, al decir de Payno en la "Revista Mexicana" en 1846, formaba "hasta cierto punto, con su curioso trage nacional, una clase privilegiada," ni la señorita de peinado de bandas y trenza enrejillada en cuyo negror se abrían las estrellas fragantes de los azahares. La *china* iba de aquí para allá, regalando los ojos con sus encantos, encendiendo en los espíritus las brasas de las pasiones violentas, "semejante a las manolas de España, de ojos árabes, de enaguas con lentejuela hasta media pierna, dejando ver un pie en abreviatura, sin media, y calzado por un zapato de raso verde, ceñida su estrecha y mórbida cintura por una banda (ceñidor) carmesí; mal cubierto el provocativo seno por una camisa de lienzo sutil, bordada caprichosamente con sedas de colores, *terciado con gracia el rebozo calandrio*

de caladas puntas, y con las gruesas trenzas de su negro pelo caídas hacia atrás y unidas con dos anchas cintas azules de raso..." (Niceto de Zamacois.—La plaza de San Juan.—1855.)

Era ella la quintaesencia de la picardía y el salero popular, la que llevaba, arrancando a la lira democrática de Prieto los jubilosos versos que repetían risoteros labios de guinda y bocas breves de eglantina:

> encarnado zagalejo,
> banda con fleco de plata,
> cintura delgada, chata,
> y ojos de ofender a Dios;

la que en su accesoria de la Palma o de San Sebastián, guardaba "á un lado de la cama... sobre el suelo, una caja blanca... En ella tenía depositados *su rebozo de bolita*, la mejor de sus bandas, sus enaguas

de mascadas, su castor de cortes amarillos, lentejuela y camarones." (A.—"Los Mexicanos pintados pintados por sí mismos.")

Era ella la gala más preciada del paseo de La Viga, el ornato más vistoso de chalupas y puestos de amapolas de múrice; era ella la que iba al lado del hombre, "porque el mexicano—decía Florencio M. del Castillo en sus "Trajes Mexicanos"—es como los caballeros andantes que tienen su dios y su dama, con la enagua de seda bordada, luciendo el piececito calzado de raso *y cubierta la cabeza con el rebozo de bolita...*"

Su soltura peculiar para portar esta prenda apenas puede ser descrita, y aunque don Vicente Munguía expresaba que era "muy raro que alcancen igual gracia y naturalidad (que las tapatías) en el manejo y uso del rebozo las mugeres

que viven en la capital de la República," ahí están, para probar lo contrario, los romances de amores y celos, los "corridos" de jolgorio y puñaladas que exaltan en sus líricos balbuceos las glorias del atavío nacional.

La *china*, envuelta en él, parecía haberse escapado de aquellos lejanos términos con que exornaba sus fondos estupendos don Francisco de Goya y Lucientes.

EL REBOZO EN LAS COSTUMBRES

Evidentemente, siendo ya parte integrante del vestuario del pueblo, el rebozo influyó en las costumbres. Una de las más patentes manifestaciones de éstas en todos los países, es el baile. Los mexicanos, desposeídos por la intransigencia fanática de los conquistadores, de sus danzas sagradas y sus "sones"

hieráticos, durante mucho tiempo no tuvieron una música propia para expresar sus penas o sus alegrías. Al cabo del tiempo se formó aquélla. ¿Retazos de canturías españolas agregados a jirones legendarios de antiguas canciones guerreras de los indios? Tal vez. El pueblo cristalizó sus sentires en diversos trozos, y uno de los que mayor boga alcanzó fué el "jarabe" tapatío.

Al son del arpa, entre el roncar del bajo de espiga o del violín vagabundo de las "ferias," la mujer del pueblo borda los arabescos de la música ingenua, pasional, un tanto canallesca y otro tanto voluptuosa y sentimental.

Caídas sobre el seno las puntas de "petatillo" del rebozo esmeraldino como hecho de plumas de colibrí, la bailadora pisa corazones. A instantes, al inclinar el cuerpo venusto cual si dirigiera un repro-

che al sombrero charro en cuyo torno gira mimosamente, es igual a una gran flor roja y verde. El rebozo finísimo la hace aparecer en medio de una ola cegadora. Brilla el tejido sedeño, y al descender a la cintura, resulta una serpiente de jade engolosinada en la carne, túmida a fuerza de saludable.

El rebozo tiene entonces honores insólitos. Causa envidias y pendencias; aquellas a las "mironas" que los llevan "coyotes" o "jamoncillos;" éstas en los galanes de anchísimos sombreros que ocultan la faca en el ceñidor de diez vueltas. ¡Dieran ellos su parte de lo que les tocará de gloria por ocultarse bajo la tela de sinople claro, y echarse por esos mundos de Dios en pos de una "taberna" o de una pulquería!

A veces, en el ardor del baile, asoma la tragedia su faz lívida. Y entonces, tras la reyerta vulgar, en

el fondo gayo del rebozo revientan los claveles de la sangre. Las heridas prenden en el de Santa María sus hilos de corales y traman hebras de púrpura en la urdimbre maravillosa!..

Tanta así era la fama de la prenda chulapera, que se creyó en 1855 que podría maravillar a los metropolitanos. Don Vicente Munguía narra este hecho curioso: "En una reciente ocasión, bailándose el *jarabe* en el Teatro Nacional, para dar al público el gusto de oírlo acompañado por el más hábil vihuelista de Guadalajara, quien a la sazón hallábase en México, muy lejos estuvo de dar el golpe que de él se aguardaba el rebozo tapatío en los hombros de una comedianta mexicana." Sin embargo, en la actualidad el rebozo origina férvido entusiasmo a las multitudes cuando

una tiple lo luce ante ellas explotando el sentimiento localista.

El rebozo en el teatro ha servido de base a más de una celebridad de escenario. Agitado cual pendón de combate, bajo sus pliegues ha empollado la gloria sus aguiluchos. En alguna petipieza, "La Verbena de Guadalupe," que parodió la conocida "Verbena de la Paloma," un autor distendió como una cinta tricolor este verso:

"¿Donde vas con rebozo de seda?"

En el Bajío, principalmente, la mujer hizo del rebozo una cosa familiar y favorita, convirtiéndolo, además, en medio de expresión de su elegancia, en uno de los "trapos de cristianar" más solicitados. De esa manera, "las cantadoras iban de feria en feria, de poblacho en poblacho, ostentándose con la filigrana de sus rebozos, la sorna de

sus pupilas de noche y el garbo de sus cuerpos juncales. En los mediodías cálidos, mientras la voz de los "gritones" invitaba a la parroquia a las apuestas, encadenando sumas fabulosas y barajando nombres de ciudades en disputa, la cantadora alzaba su vocecita atiplada glosando las tristezas de una "valona" que dice ingenuidades rancheras y nostalgias de bohío.

La gente de campo, rehacia a las innovaciones y tenaz en el culto de las costumbres añosas, tiene en estima, y muy grande, a la prenda nacional. Según lo cuenta Domingo Revilla en su artículo "Costumbres y trajes nacionales," escrito en 1844, los rancheros, en vías de matrimoniarse ponían sus cinco sentidos en la selección de géneros y obsequios. En efecto, "en la antevíspera de la boda, el novio manda á la novia unos guajolotes y carneros, con otras

cosas, según son sus proporciones, además le envía un *zagalejo*, un *rebozo*, zapatos y una *mascada*." En la actualidad va perdiéndose este hábito, aunque en algunos lugares distantes todavía persiste...

Ya si se encamina al manantial recóndito y glugluteante que lagrimea entre guijas y helechos, el cántaro en el hombro o a la cintura; ya si echa a andar por atajos y vericuetos rumbo a la aldea que celebra la festividad del santo patrono; ya ocupada en las mañanitas de égloga, en las diligencias que loara el de Mantua en sus "Geórgicas", la ranchera, la que "se ponía a llorar" como dice la canción sentimental, lleva el rebozo aparejado a las arracadas de oro y a las gargantillas brillantes. En 1862 se publicaba en México el "Calendario del ranchero," que en su portada ostentaba a un gañán tomando del rebozo a una

lugareña que, ceñuda, parecía hacer realidad la frase de barrio: "No hale, que descobija." En ese folleto hay una larga relación en verso llamada "*Los novios de Rancho.*" —*Primeros amores de Erasmo y Pascualilla,*" cuyos son estos cuartetos enrevesados:

"Era Pascuala sencilla,
de color algo moreno,
encendida su mejilla
y su semblante risueño;
Traía *rebozo azulejo*,
un delantal aplomado,
colorado zagalejo
y un sombrero algo ladeado."

En mi tierra natal (Veracruz), las rancheras ocurren al "fandango" (baile de tarima), con rebozos finísimos: las bailadoras diestras anudan con los pies, a los sones de guitarricos y "jaranas," ya una banda (ceñidor), ya un rebozo plegado hasta hacerse una cinta cabrillean-

te. Es de ver la agilidad de aquellos pies que poco a poco, sin perder el compás, van amarrando, hasta formar un lazo polícromo, la cinta que se mueve sobre el tablado lo mismo que una serpiente joyante.

Prenda barata, gala humilde, en la ciudad el rebozo impera en todos los hogares proletarios: "La criada barre o guisa con él; en la cama le sirve de cobertor; en las calles y en las iglesias se envuelve la cabeza y le tapa una parte de la cara." (V. Munguía.—Folleto citado), o bien lo lleva a los paseos y romerías de quintas lejanas, a Ixtacalco si está en la urbe presidencial, a los sitios de recreo, si mora en provincias. Huelen a "reseda," a alcanfor o a canela, y van proclamando las telas el oficio de su dueña. El novelista F. M. del Castillo decía, describiendo un corro de paseantes en Santa Anita, hace más de cincuenta años: "Las

muchachas que están al lado, con la enagua de castor o linón, *rebozo de seda* y zapatito de charol, apostaríamos algo a que son criadas de casa particular."

Pero ahora, el cosmopolitismo de la capital ha sustituido con la cofia el típico atavío, y las niñeras y sirvientes de mansión rica son un grotesco remedo de las "bonnes" europeas.

Los barrios populares conservan aún algunos tipos de hembras en que puede adivinarse, sin esfuerzo, a la *china*. Van por allí con el *rebozo tornasol* o *xoxopaxtle;* intrigan en las pulquerías; reinan en figones y plazuelas; se cuelgan del brazo de matarifes sórdidos que nunca llegan al centro de la población, o sirven de anzuelo a inexpertos plumistas de comisaría. El nunca bien llorado Angel de Campo, en sus "Notas de Cartera," de "Ocios

y Apuntes," prendió con los áureos alfileres de su estilo esta figura: "Un día vi acercarse al bufete una gruesa matrona de enaguas almidonadas y *rebozo* nuevo; sentóse en la silla de tule; cubrióse la boca con el *coyote de bolita*, y teniendo en la mano un pañito de dibujos amarillos..." Exacto, neto, tal como es hoy, aparece en esas líneas el tipo de la "comadre" de suburbio mexicano.

Asimismo, el rebozo desempeña otras muchas funciones, sirve de recipiente para el "mandado" y resiste por igual los haces de húmedas legumbres que el envoltorio de carne o especias. Las indígenas llevan en él al crío impávido, que resiste lloviznas o polvaredas, las pernezuelas al aire y la cabeza enmarañada. Por las carreteras que bruñe el sol, van las infelices soportando la triple carga de sus fardos,

del hijo y de su pena ancestral. De este modo las aborígenes han sustituído la manteleta con que se tocaban antes y después de la Conquista.

Las indias del Interior, desde hace incontables años, llevan el rebozo, seguramente, al decir de algunos observadores, porque se conformaban con el "huepil" azteca y aquél les vino a servir que ni de encargo.

Otras veces, en los pleitos y riñas de casas de vecindad o encrucijadas distantes, el rebozo se trueca en arma de combate. Se forma un nudo con él, o como lo expone un viejo periódico, "no se conocía que sirviera para esto: la mujer lo ahorcó valiéndose de su *rebozo garrapato* y colgado de éste encontró al hombre la policía."

Ensanchada la ciudad de México en su parte noroeste con las colonias de Guerrero y Santa María de

la Ribera, la soledad de sus calles, su ambiente casi provinciano y su alejamiento de las vías en que hierve la agitación de la Metrópoli, fueron propicios al rebozo. De esto se ha originado un nuevo esplendor para el tocado mexicano. Puede decirse que allí se ha aristocratizado, puesto que las damas de más alta alcurnia, las cloróticas señoritas de blasón y las pomposas señoras de apellidos altisonantes, no tienen por desdoro el echar sobre sus hombros la prenda nacional, llevándolo, bien a visitas, bien a la capilla moderna de frágil arquitectura, bien a la "Alameda," en las noches de ensueño lunar en que los árboles parece que hacen reverencias.

No se cubren con él: lo adelgazan con varios dobleces, lo pasan por la cintura, luego sobre el busto y en seguida sobre los hombros.

Las puntas caen, ya sobre el seno palpitante o sobre la espalda, y en uno o en otro lado se deshilan como estambres de cálices extraños.

¿Es que la burguesía insolente ha querido arrancar al pueblo cuanto tiene de más suyo y de original?.. No; el socialismo no podrá en esto erguirse para apostrofar. Se usa el rebozo en Santa María y en San Rafael, por su comodidad y su ligereza, y a fe que, viendo una de aquellas beldades envuelta en el ondulante manto, salta una loa sincera para quien introdujo su uso en la clase acomodada. Estas mismas damas truecan el rebozo por el tocado parisino cuando trasponen las hileras de árboles de San Cosme o de Buenavista, y así, en dos aspectos, en una dualidad exquisita, son preciado ornato del México de hoy.

En pueblos y villas de los alrededores, el rebozo es cosa corriente. Se le lleva a todas partes, de la misma manera que en los villorrios remotos y en las blancas ciudades de tierra adentro. En las "serenatas", al reflejo de nácar de los octantes de plata, salen los rebozos y sus tonos se desvanecen bajo abanicos de palmeras o naranjos estrellados de azahares.

En estos casos queda olvidado el paupérrimo "coyote" de a "doce reales", y se le sustituye por el costosísimo de Santa María o de "bolita", por el "cien hilos" fastuoso, de cincuenta u ochenta pesos. Pero sigue siendo rebozo "listado", negro como hecho de plumas de cuervo, verde o café como fabricado con alas de pájaro-mosca o de ave del paraíso!

EL REBOZO EN LA LEYENDA Y EN LOS LIBROS

La piedad, la fe religiosa, no podía dejar de adherirse al adminículo de nuestras mujeres. En los siglos en que florecían los místicos rosales de la leyenda, brotó una rosa, entre todas la más fragante. Escondió su casta gracia bajo las arcadas de un convento, y allí abrió su grácil corindón, urna de aromas celestes.

El rebozo, que, plegado a las plebeyas espaldas de la india, estaba destinado a usos vulgares, fué dulce abrigo de una persona divina, y quedó santificado, lo mismo que aquel lienzo en que la Verónica recibió las gotas de sangre que caían de las espinas como una lluvia de granates.

En efecto, en la iglesia de Santa Catalina de Sena, de monjas de Santo Domingo, se realizó un es-

tupendo milagro, al que un rebozo ha dado su nombre.

Ni viejos cronicones, ni eruditos afectos a desentrañar misterios de conventos y de iglesias, como Alfaro y Piña, Marroqui, Ramírez, Roa Bárcena, etc., dicen nada sobre ello. Pero la tradición ha grabado de memoria en memoria el hecho, y la fe popular lo hace revivir en todo su esplendor año por año.

En la citada iglesia de Santa Catalina de Sena, cuya apariencia es mísera y cuya extensión exigua, se venera una imagen de Jesucristo, bajo la advocación de "El Señor del Rebozo." Todos los años, el primer viernes de marzo, en el recinto del pequeño templo resuenan músicas triunfales y cánticos victoriosos en honor del prodigio. A la festividad litúrgica se une el gozo profano. En efecto, Rivera Cambas, en su obra "México Pintoresco,

Artístico y Monumental."—1882.—Tomo II, dice: "El primer viernes de marzo hay en aquel templo (el de Santa Catalina), una fiesta popular dedicada al Señor del Rebozo y también en la calle celébranla a lo humano; vendimias de frutas, puestos ambulantes de pulque, de chicha y fondas improvisadas interceptan el paso en las calles cercanas al templo; desde la víspera comienza el movimiento; hay cohetes, toritos, cortinas, y la iglesia está tan concurrida, que es imposible penetrar a ella."

Esta brillantez, a la fecha, casi se ha borrado. No quedan sino unos cuantos mercaderes de golosinas callejeras; pero hasta hace muy poco, la fiesta tenía curiosas influencias. El doctor Porfirio Parra, en su interesantísima novela "Pacotillas" (la que por inexplicable injusticia pasó inadvertida, no obstante

que es un bello alarde de talento y de observación local), se refiere de esta guisa al asunto: "El primer viernes de marzo, por la tarde, corren en la buena ciudad de México malos vientos, que, cruzando por las aulas de los colegios, dispersan y arrastran a la regocijada y juvenil muchedumbre, que debía, llenándolas, escuchar las doctas lecciones de los respectivos catedráticos..."

"Varias razones hay para que en la tarde de que hablamos deserten de las aulas sus cotidianos frecuentadores: es la primera y principal, que, por caer en ella la fiesta del Señor del Rebozo, las calles próximas a las dichas escuelas están esa tarde henchidas de compacta multitud, que va y viene a la iglesia de Santa Catalina de Sena, donde se celebra la religiosa solemnidad."

("Pacotillas." — Barcelona.— 1900. —Capítulo I).

Ninguna otra referencia se encuentra en los libros. La tradición corre de boca en boca, y Juan de Dios Peza, en su obra "Leyendas históricas, tradicionales y fantásticas de las calles de la ciudad de México."—París.—1897, la puso en verso bajo los títulos siguientes: "El Señor del Rebozo."—"Leyenda de la calle de Santa Catalina de Sena."

Es la más poética, aunque quizás no tiene toda la rigurosa fidelidad necesaria en estos casos. Según esa leyenda, hace muchísimos años, tantos que no hay meollo que guarde la fecha exacta, hubo en el convento de Santa Catalina una monja, tan humilde, tan fervorosa, tan entregada a los trasportes místicos, que gozaba fama de santa. Unía a esas prendas la de su rara beldad. Su semblante habría cau-

tivado los ojos de haber vivido en el mundo,

"con la tez fina y brillante
cual pétalo de azucena."

Los garfios de los cilicios signaban sus carnes con rúbricas de púrpura; la penitencia pintaba sus pómulos con el zafiro de las ojeras. Cuando la noche colgaba sus draperías en los ventanales, la monja entraba a la iglesia y caía de hinojos frente al Nazareno ensangrentado. Siempre le llevaba manojos opulentos de rosas, haces en que los pétalos se mustiaban, y encendía en su honor ceras benditas que nunca se extinguían. En la paz del recinto, la monja alzaba sus querellas y renovaba sus juramentos de amor.

Aquel altar seducía por la nitidez de sus manteles, el brillo de los rútilos candelabros y el cuidado que todo él atestiguaba.

Las discretas pláticas entre Jesús y su esposa permanecían ignoradas, y durante 30 años, noche a noche, se sucedieron las mismas escenas. Agobiada por sus sacrificios, débil la carne ya para resistir más pruebas, aquella flor de martirio cayó enferma, con una dolencia que le impedía pararse del lecho.

Grande fué su angustia al ver que no podría, como lo acostumbraba, ir a la iglesia a llenar su místico cometido. Inquieta, febril, desesperada, clamó al fin, en una quejumbrosa invocación:

"Señor, si pudiera verte,
¡qué feliz entonces fuera!
quiero mirarte un momento,
mirarte ¡y quedarme muerta!"

No acababa de pronunciar tales palabras, cuando, de pronto, la celda en que yacía se inundó de una claridad sobrenatural. Se abrió un

muro, y Jesús—el Jesús que adoraba en el templo—avanzó hasta la pieza. Como si manara miel de sus labios, el hijo de Dios le dijo que la había ido a acompañar en su soledad y su pena. Que no pasara congojas, pues de ahí en adelante las flores tendrían una lozanía perenne y las ceras erigirían "in æternum" los luminosos triángulos de sus flamas.

Afuera llovía tenazmente. Un chubasco deshecho envolvía con sus trémulos cendales de cristal a la ciudad dormida. Jesús se levantó.

"Vió la monja que la imagen
iba a salir de la celda,
y como era noche horrible
de atronadora tormenta,

"Señor, no salgas—le dijo,
con voz lacrimosa y tierna:—
¿Cómo ha de mojar la lluvia
tu sacrosanta cabeza?

"Nada tengo que ofrecerte,
mira cuán pobre es tu sierva;
pero toma este rebozo,
de mi santo amor en prenda,
y que te envuelva y te cubra
mientras bajas a la iglesia."

Experimentando un alivio repentino, la monja saltó ágilmente del lecho y envolvió la cabeza de Jesús en un rebozo.

Cuando las otras reclusas, llamadas por el tintineo del alba, se encaminaban a misa y penetraron a la celda de la monja que estaba "en olor de santidad," la encontraron muerta. Su cuerpo emanaba un efluvio de rosas del jardín de los cielos y de él se desprendía un resplandor sobrehumano, algo así como el halo que nimba las cabezas seráficas de las beatas.

Extáticas las novicias, azoradas las profesas y la superiora, lo estuvieron más cuando por boca del

sacristán, supieron que, dentro de su nicho, el Nazareno mostraba sobre sus hombros el rebozo de la hermana muerta. Se llamó al capellán y a varios doctores y clérigos de renombre, se extendió rápidamente la noticia del portento, y todos, en efecto, vieron

> "al Nazareno mostrando
> del raro prodigio en prenda,
> sobre su cuerpo el rebozo
> que usaba la monja aquella"

Desde entonces la imagen es venerada bajo la advocación conocida, y es costumbre que

> "si ante el Señor del Rebozo
> treinta y tres credos se rezan,
> de tres gracias que le pidan
> una gracia nunca niega . . . "

Hasta aquí lo que refiere Peza en su leyenda; pero, como antes se manifiesta, ella es poco desde el punto de vista de la investigación

histórica. Anheloso de datos más fehacientes, de labios del segundo capellán de la iglesia de Santa Catalina, el licenciado Mayora, inteligente sacerdote próximo al doctorado, supe un detalle de suma importancia.

Una vez que el milagro del Nazareno fué conocido en toda la muy noble y muy leal ciudad de México-Tenoxtitlán, la curia tomó cartas en el asunto y los graves y empaquetados miembros de la Real Audiencia se trasladaron, seguidos de escribanos, corchetes, alguaciles y demás gente de la justicia, a sancionar legalmente el hecho. En efecto, ya comprobado el insólito sucedido, la Audiencia levantó un acta, que pocos días después, junto con el rebozo milagroso, fué enviada a España para que llegara a manos del Rey. Es muy probable que, de ser cierta tal aseveración, el acta suso-

dicha exista en e Archivo General de la Nación.

El dato relacionado con el envío del rebozo a la antigua metrópoli me fué confirmado por la priora de la casa de religiosas anexa a la iglesia de Santa Catalina de Sena. La digna abadesa, a través de la rejilla metálica del locutorio, se dignó referir a este pecador, con su suave y acariciadora vocecita, que el rebozo había sido mandado al Rey Nuestro Señor y que en España debe conservarse hasta ahora en alguna iglesia o capilla. La misma priora contó como es la tradición que corre en la mansión que guarda a las hijas de Cristo. Dice que Jesús acostumbraba visitar a varias de sus esposas, con predilección a una hermana que estaba en la Encarnación y a aquella de Santa Catalina. A veces, el Hijo de Dios gustaba de llegarse hasta el melancólico huertecillo del

convento, bien aliñado por las manos invioladas de las monjas, y, sentado bajo un olivo que en el patio se erguía, placíase en conversar con alguna de las predilectas, en tanto que triscaban entre las seturas algunas novicias mozas. Cuando enfermó la hermana de Santa Catalina, que era tenida por virtuosísima, el Nazareno fué a visitarla, y como cuando se marchaba caían gruesas gotas de lluvia, la doliente le ofrendó su rebozo, que, a otro día, apareció sobre los hombros de la imagen guardada en el nicho de la iglesia.

Sencilla, sin atavíos literarios, la tradición de las monjas de Santa Catalina es conmovedora. Como se tratara de saber si las religiosas de allí usaban rebozo, la abadesa lo aseguró así, agregando que tal costumbre era cosa corriente entre ellas. Llevaban la prenda nacional,

e

la prenda del pueblo, tal como es usada por la gente sin fortuna, bien bajo la negra toca o sobre el hábito albo de Santo Domingo.

Otra forma de la leyenda refieren dueñas quintañonas y beatas empedernidas. Ella está consignada en un minúsculo folleto, que se reparte en Santa Catalina el primer viernes de marzo y que lleva este nombre: "Tradición Piadosa en Alabanza del Señor del Rebozo, que se venera en la iglesia de Santa Catalina de Sena de México.—Poesía del Presbítero Bachiller José Simón Ríoverde, sacerdote de la Diócesis de Tulancingo, Cura párroco que ha sido en la alta y baja Sierra del Estado de Hidalgo.—México.—1898."

En versos de arte menor, de factura malísima, aunque muy de acuerdo con su índole de propaganda, (perdóneme el autor)— el bachiller Ríoverde cuenta que

Una noche en el convento,
anciano, pobre y mendigo,
de una monja era el amigo,
huésped por sólo un momento.

El incógnito pordiosero, lleno de miseria y de extrema necesidad, pedía un abrigo y sustento, porque en la calle los relámpagos abrían grietas de luz en los nublados y la lluvia traspasaba los cuerpos con sus finos alfileres.

Ibase ya el mendigo, cuando lo detuvo la monja y lo cubrió con un rebozo para que pudiera resguardarse. El romero se marchó, y la religiosa, preocupada, comenzó a orar, pues no sabía si aquel visitante era un lazo que le tendía el espíritu malo o una prueba a que la sujetaba la superiora. Fué a postrarse a las plantas del Señor, y, constelados de lágrimas los ojos, pidió paz para su corazón lleno de tribulaciones.

"Mas es el caso, ¡oh prodigio!
que aquel Jesús Nazareno
que venera el pueblo bueno
(y sin ponerle en litigio)
se dice alto y sin embozo
que a otro día del aguacero,
Jesús fuera el limosnero
porque tenía el rebozo!
Jesús fuera aquel mendigo
que visitara a la esposa,
por ver si era cuidadosa
de la virtud al abrigo.

Cuando las monjas llegaron a misa contemplaron el rebozo dentro del nicho; se inquirió su procedencia y nadie pudo saber a quién pertenecía.

Como se ve, las tres tradiciones difieren en puntos capitales, aunque coinciden en la visita de Jesús a la monja y en el hecho de que ésta le donara su rebozo. Sea de ello lo que fuere, la tradición subsiste y reflorece cada año durante la Cuaresma, cuando los vientos marza-

les traen olores de palmas de Judea y rosas de Jericó!

El Canónigo don Vicente de P. Andrade escribió hace algunos años un opúsculo sobre la tradición del "Señor del Rebozo," opúsculo que a la fecha se haya agotado y casi es imposible conseguir. Hay noticias asimismo de que en algún mineral del Estado de Guanajuato se venera una imagen del Nazareno bajo la misma advocación, ignorándose si tiene otra leyenda o se llama de tal modo por la de Santa Catalina, de esta capital.

***

El rebozo también ha andado en los libros con más frecuencia de lo que se cree. Puede asegurarse, sin temor de equivocación, que no se ha escrito novela o drama mexicano alguno en que no aparezca la

prenda popular. Desde "La Quijotita y su prima" del inolvidable "Pensador", hasta "La Llaga" del eminente y mexicanísimo Federico Gamboa, el rebozo extiende sus urdimbres en las páginas de las narraciones nacionales.

Volviendo a la historia, he aquí un singular libro, un pergamino cuyo título revela todo el gongorismo imperante en la época: "*Vozes del dolor, nacidas de la multitud de pecados que fe cometen por los trages profanos, afeytes, y culpables ornatos—que en estos miferables tiempos, y en los antecedentes ha introducido el infernal Dragón para destruir, y acabar con las almas, que con fu preciofiffima sangre redimió nuestro amantiffimo Jefvs. Dábalas Fray Antonio de Escaray, Predicador de S. M. y apoftolico del Colegio, y Miſsión de PROPAGANDA FI-*

DE de las Indias Occidentales, de la Ciudad de Santiago de Queretaro.—1691.—En Sevilla." En esta obra, el terrible predicador que la compuso dice, aunque no refiriéndose precisamente al rebozo: "Individúe entre otras cosas de la profanidad, unos mantos de infierno (bautizados con nombre de mantos de gloria) con unas puntas que en cada Flota vienen con distinta hechura, y tan culpables, que llegan a valer a cincuenta pesos, a sesenta, y aun a ciento, entrando solas tres puntas en un corte, y solo sirven de *Red* para que caygan los miserables hombres, llevándolas ellas en la mano."

Cuenta en seguida el moralizador fraile, que esas "puntas" eran de tal modo perniciosas, que las propias señoras iban a pedirle que predicara en contra de ellas. Refiere que le decían en tono compungido:

"Las puntas (de los mantos, conste, no del rebozo), son un infierno; por ellas enseñamos ya el pecho, ya las espaldas, se ve la cabeza, el chiqueador (nido del demonio), las rosas, cintas, rizos y todo lo demás profano que traemos; y con el manto de gloria van más desnudas, que si no llevaran manto. Y la causa porque resisten tanto el quitarse las puntas, y la profanidad, y en especial las mugeres de alguna edad, es, porque con las puntas dissimulan los años, y les sirven las puntas para hazer con ellas señas, y chiqueos, enseñando los dedos, y las manos, y más si son estas que llaman ojo de perdiz, mejor dixera perdición . . . "

El padre relata también que en algunas partes llegó a desterrar el uso de las famosas puntas, que algunas personas han confundido con

las del rebozo, aunque no tienen sino muy remoto parentesco.

Otro libro antiguo que también habla del rebozo, y por cierto con gran alabanza, es el que escribió Mr. Brantz Mayer, que en los años de 1841 y 1842 desempeñó el puesto de Secretario de la Legación de los Estados Unidos en México. Este libro es bien curioso, y muy raro en la actualidad. Mr. Mayer que se muestra apasionado de nuestras costumbres, se expresó así:

"En la generalidad, las mujeres de la clase media se encuentran en las calles con sus caprichosas enaguas y su chal o rebozo, contoneándose como unas reinas, sobre su pie, pequeño hasta ser casi deforme. Su figura, aunque en pleno *embonpoint*, nunca aparece demasiado gruesa; su ardiente entusiasmo siempre parece atemperado y delicadamente dominado por lo dul-

ce de su mirar, y se piensa que su cutis pálido o moreno como es frecuentemente, no es, sin embargo, si no:

"El matiz oscuro que al estar madurán-
(dose la fruta, anuncia
la rica dulzura que guarda en su cora-
(zón."

Doy algunos croquis de este traje de las mujeres de la clase baja, tal como se ven constantemente en la casa y en la calle, con y sin el chal o *rebozo*. (En efecto, los croquis, muy singulares, se ostentan grabados en madera, en medio del párrafo).

"Sin él, el vestido es apenas un vestido común y corriente: un traje, además de una enagua sujeta a un saco en torno de la cintura, mientras que el pelo cae en largos rizos sobre la espalda. Con él, su atavío está completo. Echado gra-

ciosamente sobre el hombro izquierdo y ocultando la boca, no deja ver sino los ojos, los cuales son su mayor encanto y de los que ella no intenta nunca ocultar u olvidar el poder.

"Hablando de los hermosos ojos, los hermosos pies y el majestuoso modo de andar de las señoritas mexicanas, no puede dejarse de mencionar en su traje el precioso tejido indio llamado chal o *rebozo*, urdido con todos los colores del iris, juntamente con un abanico pintado en las más variadas tintas y que forman un complemento del vestido." ("Mexico as it was an as it is."—New York, 1844).

Pero ninguno de ellos se constriñe al asunto, ni lo especializa. Solamente el que publicó don Vicente Munguía y que tantas veces se ha citado, llena este requisito. El folleto es de 32 páginas, en octavo,

con una lámina al frente de la portada que representa a una "catrina" de la época, con peinado liso, en uno de cuyos lados se esconde un ramillete. Lleva un pañuelo de batista en la mano; su pie está calzado de raso, y la enagua con encarrujados a la mitad, tiende ya a la crinolina, por lo ancha. El folleto en cuestión, muestra estos títulos: "*Del origen, uso y belleza del traje propio de las mexicanas, conocido bajo el nombre de Rebozo; y del grado de perfección que recibió en Zamora, por obra de Don Vicente Munguía, á quien el Gobierno de la República otorgó en 1847, cual premio de sus ingeniosos afanes. un PRIVILEGIO de diez años, de que hubieran querido y quisieran aun privarle la envidia y el bajo interés de sus émulos, por medio de intrigas y de "chicana."—Guadalajara.—1851.*" La

lámina de la portada es de la litografía de Decaen. Como se ve, el señor Munguía llevaba más interés comercial que histórico al escribirlo. Sobre el origen y uso del rebozo apenas si se ocupa someramente, para entrar en un extenso relato de sus trabajos en su fábrica. Allí manifesta que en 1819 empezó a hacer rebozos *amarrados*, que tras de desvelos sin cuento llegó al perfeccionamiento de su arte en 1844, en que envió un pedazo de rebozo de seda a la Dirección de Industria, hasta poder fabricarlos con más o menos defectos, teniendo que sostener varios litigios, pues algunos otros industriales intentaban aprovecharse del fruto de sus afanes. Logró al fin que el Gobierno le concediera el privilegio exclusivo. El folleto está escrito en un estilo doctoral, si se permite la frase. Abunda en citas históricas y filosóficas, y

tienes largas tiradas de erudición barata. Es casi seguro que el señor Munguía lo mandó confeccionar a algún literato de provincia que halló fácil cauce a la vena de su inspiración. Puede afirmarse esto desde el momento en que el señor Munguía, que ahí mismo consigna unos datos autobiográficos, usó un lenguaje llano y sencillísimo.

Otras obras que se ocupan del rebozo, aunque muy a la ligera, son: "México y sus alrededores," publicada el año de 1855 y que está ilustrada por los dibujantes Castro, Campillo, Anda y Rodríguez, bajo la dirección de Decaen; el "Album Pintoresco de la República Mexicana," editado por Michaud y Thomas, probablemente el año de 1850. *Micrós* publicó en "El Universal" un artículo humorístico intitulado "El señor del Rebozo," refiriéndose a un individuo que gustaba de ir

al Zócalo, principalmente en las tardes en que las charangas llenaban con sus fanfarrias el ambiente, para coger de los rebozos a las "gatas" y gentualla que allí paseaba. Es muy interesante hojear las dos primeras obras citadas, porque son documentos de gran importancia. Las estampas que las ilustran se hallan iluminadas bellamente. Fuera de las anteriores, no se encuentran (dígolo por mí), ningunos otros libros que hablen del rebozo con alguna extensión. La zarzuela "La Onda Fría," del poeta José F. Elizondo, tiene un diálogo: "El boa y el rebozo" en que éste pondera sus cualidades. Un decreto del Soberano Congreso de 20 de mayo de 1845 prohibió la importación de chales o *paños de rebozo* de algodón. Es de suponer que esta tela tenía otro destino entonces; por lo menos, la

que dió margen a dicha prohibición.

DETALLES CURIOSOS

Como estos apuntamientos no son comerciales, ni tienden a contribuir al desarrollo de la industria rebocera, sino que acusan viejas aficiones a la investigación histórica, no hay para qué mencionar procedimientos de fabricación ni para qué consignar datos estadísticos de la misma. Por vía de final a estos ya cansados renglones, es oportuno citar que las factorías más importantes de rebozo son las de Tenancingo y Tenango, en el Estado de México, que proveen los mercados de la capital; Valle de Santiago, del Estado de Guanajuato, y Zamora del de Michoacán, que lo son del Bajío; Tepeji de la Seda y Tepeji del Río, del Estado de Puebla, que extienden su celebridad hasta las

fronteras guatemaltecas, y Santa María del Río, cuyo prestigio es general. Los rebozos que se producen en esta población de San Luis Potosí, han adquirido una fama enorme, y su sola procedencia es garantía de bondad.

Y como todas las cosas que andan en manos de señoras (del pueblo y la clase media sobre todo), los rebozos tienen denominaciones pintorescas. Los azules pringados de blanco (tipo común), se llaman *palomos;* los negros rayados de azul, de rojo o de café, *listados;* los azules con puntos blancos de mayores proporciones, son de *granizo;* otros negros con cenefas de varios colores, *masones;* los que tienen un matiz de púrpura pálido, son *jamoncillos;* los de tono de ocre, *calandrios*. Hay algunos de un matiz entre morado y café, que se designan con la palabra

f

cuappaxtle o *cuappachtli*, como decían los indígenas de otro tiempo; con un tono más subido, son de *xoxopaxtle*. Cafés con motas blanquizcas se llaman *garrapatos* o *coyotes*, y los tramados de sedas de varias coloraciones, *tornasoles*, porque, en efecto, tienen el tornasol de las plumas de los pavos reales o del cuello de las palomas. Las fábricas modernas de rebozos los producen magníficos: verdes en toda la gama, azules, pálido, intenso, grises, etc., y, según la fineza del tejido, así es su calidad y su precio.

Hay algunos rebozos, los llamados *de bolita*, que, al decir de labios femeninos, "pueden pasar por un anillo del dedo chiquito." Ciertamente, la tela se pliega de tal manera, que no es aventurado ni hiperbólico el aserto.

Los rebozos que titulan de "cien hilos" son de un tejido delicadísi-

mo también, y otro tanto sucede con los que confeccionan algunos reclusos de prisiones foráneas, como los que se encuentran confinados en las penitenciarías de Puebla, Guadalajara, San Luis Potosí, etc. En términos técnicos, el tejido que precede a las puntas se nombra "rapacejo," y puede ser de "jarana," o de rejilla, o de petatillo, según la región en que se fabrique la prenda. Hace medio siglo, según lo dice don Vicente Munguía, el tejido propio del rebozo consistía "en que, haciéndose sobre cada trama una cruz con el pie, cuyos hilos se unen entre sí, quede aquélla debajo de éstos, oculta a la vista. Nada es tan fácil como hacer con esta especie de tejido rebozos de un solo color. Mas, para conseguir labores en él, antes de la invención de Munguía, era necesario *amarrar*, teñir y desatar en el pie

las tiras que las formaban; o bien se pasaban, al tejer la tela blanca del rebozo, algunos hilos sueltos de color, extraños al tejido, parecidos a las hebras sobrepuestas del bordado, lo que constituye el rebozo de falsa, cuyas labores en el pie son claras, exactas, hermosas, mas de poca duración, no siendo tejidos los hilos que las forman." Hoy la industria ha hecho progresos estupendos; pero en 1846 decía don Manuel Payno: "Las primeras máquinas de hilados y tegidos en la república causaron grandes sorpresas, y al ver ese movimiento regular, uniforme y metódico de los telares, al contemplar que lo que antes se hacía con las manos era perfectamente suplido por las piezas de hierro, se creía que era obra de magia y que sólo el diablo podía inventar cosas de esta naturaraleza. Antes de que la industria

hiciese estos progresos, se tegían finísimos rebozos de seda y de hilo de bolita, y es bastante sabida la fama de los ataderos, ceñidores, frazadas, jorongos y otros efectos de algodón y lana. Para preparar las primeras materias, es decir, para reducir a hilo el algodón ó lana, se servían de unos tornos, que consistían en un banco, montada en una extremidad una rueda y en la otra unas carretillas, por cuyo centro pasaba un malacate. Una cuerda servía de medio de movimiento. Las mugeres se dedicaban de preferencia á esta ocupación y ganaban con esto una honrada subsistencia."

Por último, hay que decir que en los "Apuntes Históricos sobre el cultivo de la seda en México," publicados en Bruselas, en 1883, por don A. Núñez Ortega, se encuentra este dato: "Como correspondiente

á esa época (1853), debemos también registrar la existencia de la fábrica de los señores Francoz y Praltec, situada en los Baños de las Delicias de la ciudad de México. En ella se fabricaban rebozos de seda que fueron premiados en la exposición habida en dicha ciudad el año de 1853 y también en la de París de 1855."

Núñez Ortega sigue en su obra el opúsculo escrito por don Joaquín García Icazbalceta: "La industria de la seda en México," que es lo más completo que se ha publicado sobre la materia.

***

Ignoro si este artículo ha traído a mal traer a la prenda nacional, ni si ésta ha sido suficientemente loada en tan deshilvanadas líneas. Si los aristócratas han torcido el gesto

porque la gala humilde del pueblo mereció los anteriores elogios, con su pan se lo coman, que no son ellos los llamados a juicio. La labor de nacionalismo satisface mis inclinaciones. El alma vernácula está llena de cosas bellas, y esta espiga de ese haz fragante rueda a los pies de la Patria como una ofrenda pobrísima para lo que ella merece.

Debo hacer constar que los libros que consulté, pertenecen a la Biblioteca Nacional de México.

91-B2627(

600